



PATITO FEO, HENRY MILLER Y EL ESPIRITU EMPRENDEDOR ENTRE LAS PALABRAS INTEMPESTIVAS

*José Andrés Quintero Restrepo**

RESUMEN

Este ensayo establece un estrecho diálogo entre la Filosofía, la Literatura y la Historia de las Ideas. Su problema base está relacionado con los sistemas de producción y consumo de nuestra sociedad moderna y de qué forma el hombre, en su condición humana, es definido dentro de la doctrina de la eficacia y el maquinismo que hemos heredado del siglo XVIII.

Se trata de la noción del organismo social que coarta las posibilidades a nivel individual de cada sujeto. Y la idea que aquí se problematiza en un principio es la del héroe de Tomas Carlyle.

Frente a la noción del hombre exitoso y con espíritu de liderazgo, se propone una contraposición por medio de la figura de Henry Miller y sus novelas tituladas *Trópico de Cáncer* y *Trópico de Capricornio*.

ABSTRACT

This essay establishes a close dialogue between philosophy, literature and the history of the ideas. It is related to the production and consumption systems in our modern society, and the way as a man in his human condition is defined into the doctrine of the efficacy which was inherited from the XVIII century.

The notion of the social organism that restricted the possibilities of each individual and the idea which Thomas Carlyle proposed like that one of the hero are mentioned.

Opposite to the notion of the successful man with a leadership spirit, the perspective that Henry Miller shows in his novels *Tropic of Cancer* and *Tropic of Capricorn* with the one before.

* Licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad Pontificia Bolivariana. Docente de la Escuela de Teología, Filosofía y Humanidades de la misma universidad. Recientemente ha publicado un libro titulado *The Wall: Una Mirada Estética sobre la Angustia, la Muerte y el Aburrimiento*, el cual obtuvo Mención de Honor y fue premiado en el Concurso Nacional Otto de Greiff, Mejores Trabajos de Grado Versión VIII en el 2004.

Dirección electrónica: vejosefo@yahoo.com

Artículo recibido el día 24 de julio de 2007 y aprobado por el Comité Editorial el día 24 de agosto de 2007.

El héroe de Carlyle, que termina siendo uno de los fundamentos de inspiración para el *Führer* de Adolf Hitler, es pensado desde la óptica del vagabundo de Miller. Una reflexión filosófica que halla sus bases críticas en la literatura.

PALABRAS CLAVE

Henry Millar, fracaso, literatura de posguerra, Hitler, modernidad, Carlyle.

The hero of Carlyle who is one of the fundamental inspirations for the "Führer" by Adolf Hitler is thought from the viewpoint of the vagabond by Miller. A philosophical reflection which finds its critical basis in the literature.

KEY WORDS

Henry Miller, the postwar literature, Hitler, modern age, Carlyle.

"No more heroes any more"
Stranglers.

Desde una mirada panorámica, los siglos XX y XXI están saturados de íconos: estrellas del rock, estrellas de la televisión, estrellas del cine, premios Nobel de la literatura, de la ciencia, de la medicina y de la paz, dictadores, presidentes genocidas democráticamente reelegidos y personajes ejemplares de la prosperidad. Todo esto forma parte de una racionalidad común (la misma que ha inspirado los libros de autoayuda): la imagen del hombre que se supera a sí mismo y que en los comerciales de televisión aparece rodeado de ochenta rubias en una playa azul, fumando una marca de cigarrillos que en la vida real sabe a caucho quemado y sonriendo sobre el resplandor de sus pectorales firmes y sensuales. El ideal del fumador. Nada que ver con el pobre canceroso que no soporta el peso de su propia barriga ni la tos que lo desvela, pues está comprobado que los enfermos y los moribundos no son nada funcionales. No inspiran imágenes sanas y, sobre todo, higiénicas. Y este criterio, por supuesto, no es una invención exclusiva de los grandes publicistas del siglo XX. Desde una perspectiva foucaultiana, tiene sus antecedentes en el siglo XVIII a partir de los sistemas de Biopolítica o Biopoder, es decir, de los sistemas de control que se ocupan (o se preocupan) de los problemas de higiene social: la conservación de la vida sana, la producción de obreros rozagantes de salud, la proliferación de

funcionarios eficientes y niños rosados que no sean focos de infecciones, de suciedades y otras porquerías que representen problemas epidemiológicos. Sífilis, gonorrea, lepra, diarrea, forúnculos verdosos, el olor a pescado en las axilas, todo lo desagradable, lo que implica un problema para el buen gusto, una aberración para el olfato y una inmundicia para los criterios de una vida limpia y decorosa, debe ser erradicado. El siglo XVIII es una apertura a las políticas de higiene, de control social en términos de natalidad y morbilidad cuyo fin es condicionar un modelo de felicidad moderna, es decir, felicidad de carácter positivista, la que trabaja con elementos factibles, latentes en la tierra, en la superficie de la piel sin ubicar un sentido de trascendencia en términos metafísicos o teológicos. La idea consiste en lograr un mundo feliz y perfecto, es decir, que sea estable y confortable y que corresponda con el precepto leibniziano que dice: “Estamos en el mejor de todos los mundos posibles”.

Así, pues, la razón moderna se convierte en un modelo de éxito: triunfa sobre la naturaleza, desentraña los secretos de la fisiología humana, combate las supersticiones y crece como soberana reguladora de todo lo que antaño se creía voluntad de los dioses. Incluso, inspira su propio evangelio: “La naturaleza y sus leyes yacían ocultas en la noche. Dios ordenó: ¡Que sea Newton! Y todo se iluminó”¹. Todo este optimismo, sustentado por una voluntad de dominio y un espíritu emprendedor de aplicar la doctrina del progreso, ¿acaso no sería un ejemplo de terquedad? ¿Hasta qué punto el entendimiento deja de ser un asunto de cordura para convertirse en un artefacto de la necesidad o en una herramienta del intelectual presumido o del loco que, según Michel Serres, se encuentra sometido por el instinto de muerte? Respecto a los modelos factibles de higiene moderna, vale la pena resaltar otro detalle no menos catastrófico: el del ideal humano. La higiene se toma como un criterio para hablar sobre un estado soberano, una economía estable, una política pura y una moral impecable. En términos

¹ POPE, ALEXANDER, citado por Ulrich Im Hof. *La Europa de la Ilustración*. Barcelona: Crítica, 1993. p. 12.

de Entendimiento, el hombre aparece como lo más limpio y civilizado del mundo. Está por encima de las demás especies porque es un ser dotado de ideas puras: Razón, Verdad, Imaginación, Honestidad y Libertad. Puede llevar a cabo ciertos proyectos que se fundamenten en las utopías más nobles, preceptos totalmente ideales... aunque, como dice Jotamario Arbeláez, “los ideales son enfermedades de las ideas”².

El siglo XVIII definía al hombre de la siguiente manera: un sujeto dotado de entendimiento que es condicionado por sus deseos y es producto de sus necesidades. Por lo tanto, dicen Diderot y D’Alembert en *La Gran Enciclopedia*, que como “el ejemplo y la opinión determinan el amor a lo que está bien, la consecuencia será que los hombres se hacen y que es casi posible conformarlos como se desee”³. Semejante noción permite crear algo sutil respecto a las sociedades felices y perfectas. Crear en el hombre un deseo: amar algo de lo que pueda prescindir hasta el punto de que se le torne estrictamente necesario. Por ejemplo: el amor al trabajo. El hombre moderno tiene que trabajar, producir en la fábrica, la empresa o el Estado, y luego consumir en su tiempo libre. Producir en serie, disciplinadamente y consumir desmesuradamente. Ganarse el pan con el sudor de la frente. Luego seguir hacia delante. Ser componente y actuante de un proceso positivista que establece una evolución en la Historia. De esta forma, puesto que “la Historia así lo ha determinado”, se produce un deber ser que, por correspondencia, designa un deber hacer. La frase, bajo este contexto, sería: “Debes ser un excelente funcionario y trabajar con mucho empeño para obtener el éxito y la felicidad”. Sin embargo, ¿quiénes se beneficiarían con estos dispositivos de terquedad? ¿Acaso la entrega completa en un sentido físico y espiritual no sería un asunto de locos obsesivos? Escuchar a alguien decir: “Adoro madrugar a las 4 de la mañana, vestirme a las carreras,

² ARBELÁEZ, JOTAMARIO, citado por Eduardo Escobar, *Antología de la Poesía Nadaísta*, Medellín, Arango Editores, 1992. p. 56.

³ D’ALEMBERT Y DIDEROT. *La Gran Enciclopedia*. Citado por: VOVELLE, MICHEL y otros. *El Hombre de la Ilustración*. Madrid: Alianza, 1992. p. 14.

desayunar cereales, salir de mi casa en un estado de ansiedad completa, lidiar con el tráfico y llegar temprano a la oficina para quedar medio muerto” es muy extraño, si no sospechoso. Se pensará en un individuo sumiso, en un cuerpo dócil que es producto de una imparable terquedad. Después de todo, parece ser más sensato decir: “Me gusta levantarme cuando estoy despierto (sean a las 10, 11 o 12 de la madrugada). Desayunar un recalentado de arroz con pollo desmechado y champiñones. Ir despacio al baño y meditar bajo el chorro de agua calentita. Salir con los dedos arrugados. Vestirme sin afán y salir a buscar el almuerzo”. Pero Occidente llama a esto “perder el tiempo”. Aunque el tiempo ya está perdido. Pasa cada segundo, cada minuto sin que pueda conservarse nada en la chequera. El cuerpo se desgasta desde su nacimiento, y la propuesta emprendedora consiste en trabajar durante toda esta agonía. Por supuesto, para que el trabajo o el deber ser no parezca pérdida real del tiempo desde una perspectiva vitalista, se le encomienda a cada funcionario, maestro de escuela o empleado una misión que se apoya en unos valores muy altos, totalmente trascendentales, supuestamente innatos en la condición humana. *Homo faber*. El hombre que fabrica, el espíritu eficiente que corre el riesgo de caer en la decadencia si se dedica a vivir como un cazador primitivo, es decir, invertir, como lo explica Marvin Harris, un promedio de tres horas al día en capturar su presa, llevársela a su tribu, sentarse bajo un árbol y esperar el almuerzo para dedicarse el resto del día a fornicar, a festejar y a reírse de los avatares de la naturaleza⁴. Un tiempo completamente aprovechado, tal como lo haría una bacteria y no un espíritu emprendedor.

Sin embargo, la propuesta del siglo XVIII es otra. Dentro de un criterio biopolítico, la vida del cazador se considera bárbara, mugrienta, siempre propicia para pescar enfermedades y condicionada por supersticiones sin sentido. Es todo lo contrario a lo que debe ser un hombre moderno: dinámico, veloz, pulcro, innovador, eficaz, con iniciativas empresariales, rozagante de salud, depilado con cera y exitoso. La terquedad en su más metafórica

⁴ HARRIS, MARVIN. *Caníbales y Reyes*. Madrid: Alianza, 1997. p. 26.

expresión, a la cual se le agrega otro elemento básico –ya que no es suficiente con que el hombre sea un excelente empresario o un funcionario imparable en su proceso de producción–: cada sujeto tiene que ser también un individuo ejemplar que instaure o inspire felizmente un ejemplo a seguir. Se trata, pues, del espíritu de liderazgo.

Precisamente uno de los autores favoritos de Adolf Hitler, el inglés Tomás Carlyle, dice en su *Tratado de los Héroes, de su Culto y de lo Heroico en la Historia* (conferencia publicada en marzo de 1840) lo siguiente: "... a mi entender, la Historia Universal, la historia de lo que los hombres han realizado en este mundo es, en lo esencial, la Historia de los Grandes Hombres que han actuado en él. Estos grandes son los Conductores de hombres; los modeladores, los ejemplares y, en lato sentido, los creadores de todo cuanto el común de las gentes se han propuesto lograr..."⁵. En términos nietzscheanos, esto se llama *Historia Monumentalista*, la que parte de nociones idealistas, sublimes, por encima de todos los valores vitales, es decir, la historia de los grandes héroes, fundadores y próceres, conquistadores de tierras lejanas, aventureros y militares que han inspirado un ideal civil o nacionalista en los estados mundiales.

Tomás Carlyle se atreve, incluso, a establecer un fundamento de gran trascendencia para justificar su visión teleológica, de dar por sentado la necesidad de recurrir a una figura que garantice el progreso humano y permita el surgimiento de una civilización global desde los preceptos ilustrados. En lo esencial, como él dice, los cambios positivistas que han determinado una ascesis en la Historia de la Humanidad se deben a los grandes conductores de hombres. La Historia, en este sentido, se concibe como un proceso que va de cumbre en cumbre, todo gracias a una voluntad poderosa, al centro del centro del universo, al hombre ejemplar, al educador por sus acciones, al guía que hace realidad el sueño de una época, las ilusiones del común de la gente. Así es como el discurso decimonónico de

⁵ CARLYLE, TOMÁS. *Tratado de los Héroes*. Barcelona: Iberia, 1957. p. 3.

Tomás Carlyle no se diferencia mucho de *Las siete claves del éxito* y, por consecuencia, llega a producir seres tercos y extraordinarios como Adolf Hitler, el *Führer*. Lo que significa que el mismo espíritu empresarial que se promueve en los libros de autoayuda se encuentra, en gran medida, en la propuesta de Carlyle. Se trata de guías para pequeños conductores, de personajes que, a la larga, pueden resultar un tanto nocivos, pues, como dice Aldous Huxley, “la más importante lección de la historia es que nadie aprende las lecciones de la historia”⁶.

En otras de sus líneas dice Carlyle:

No podemos considerar, por imperfectamente que lo hagamos, un grande hombre, sin que ganemos algo con él. Él es la viva fuente de luz, a la cual es bueno y placentero acercarse. La luz que ilumina, que ha iluminado las tinieblas del mundo; y no ya luz como de lámpara encendida, sino mejor todavía, como de luminar que resplandece por don del Cielo; fuente sobreabundante de luz, pudiera decir de nativo, original discernimiento, de virilidad y heroica nobleza; -en cuyo resplandor todas las almas sienten lo que es mejor para ellas⁷.

Bastará agregarle a este discurso un poco de incienso y la voz de un eco místico que diga: “El poder de tu luz está en ti, en tu corazón, aquel líder en esencia que te dice: -ve hacia delante, no te dejes vencer por las adversidades. Levanta tu cabeza. Tus problemas, tus deudas, tu lepra, tu halitosis y el cáncer que crece en tus entrañas es producto de tu falta de optimismo”.

Tomás Carlyle, sin duda, le da un tono mesiánico y, a la vez, ilustrado a la propuesta de su héroe. Por un don divino y racional, su Conductor es la

⁶ HUXLEY, ALDOUS, *Ciencia, Libertad y Paz*, Buenos Aires, Sudamericana, 1957. 247 p.

⁷ CARLYLE, op cit, p. 4.

encarnación de la *Aufklärung*, es el orientador ilustrado para la claridad de todas las cosas. De ahí que se instaure un deber, la misión de seguirlo como garantía de progreso y superación de la oscuridad del mundo. El héroe moderno desconoce las tragedias. No termina despresado como Héctor en manos de Aquiles. El héroe del Carlyle es la clave del progreso, de la civilización evolucionada, de la alta nobleza que deja a un lado al salvaje, al hombre ignorante que, por su primitiva incapacidad, pide a gritos un Conductor, alguien que le muestre el camino, la luz y el sentido funcional de la vida.

Esta visión del ser puro, limpio y dotado de una luz positivista es, a fin de cuentas, un despliegue del problema biopolítico de los siglos XVIII y XIX. Algo latente en un cuento de Hans Christian Andersen titulado *El patito feo*. El tema de esta historia tiene un trasfondo eugenésico que, en un principio, se plantea como un problema ontológico: mamá pata empolla cuatro huevitos. Cada uno nace sin inconvenientes en su respectivo momento durante el verano. Pero el cuarto huevito es un tanto tardío. Dicho de otro modo, es un ser fuera de su tiempo-espacio, es anacrónico. Y, por supuesto, mamá pata se siente intrigada. Todo sucede como en una telenovela colombovenezolana: una mujer queda embarazada por el espíritu santo. Su barriguita crece durante 2500 episodios, lo cual suman tres años. A la vuelta del cuarto año del “telenovelón”, se inician los dolores de parto que duran más de mes y medio. Y cuando nace la criatura, se dice que fue un parto prematuro. Y mamá pata siente que corre el mismo riesgo. Está intrigada. Tal vez encalambrada. Mira el huevo petrificado y se pregunta qué pasará, por qué nada sale de él. Y la pata más anciana de todas le dice: “Eso es un huevo de pava”⁸. Así que aquí hay un problema respecto a la huevicidad del huevo: el huevo de patito feo no es propiamente el huevo de un patito. Se concluye que es huérfano o un ser abandonado y que está sometido en el mundo de las posibilidades en cuanto a las condiciones ontológicas.

⁸ ANDERSEN, HANS CHRISTIAN, *Cuentos*, México, Concepto, 1977. 63 p.

Más adelante, cuando por “fin [se] rompió el huevo [...], salió un patote negro, desproporcionado y muy feo [...] -¡Qué horrible monstruo! –exclamó la madre –éste sí que es diferente a los otros. ¿Será en realidad un pavo? Pronto lo sabré. Iremos al agua y, si no entra, lo zambullo a la fuerza”⁹. El criterio eugenésico es evidente. El problema es que ahora no se sabe si patito feo es un pavo o una iguana. En términos nietzscheanos, se trata de un animal no fijado. Y la solución de mamá pata, tan radical en su ejemplo, es lo que Marvin Harris llama “asesinatos en el paraíso”. Planea, bajo unas condiciones específicas, un infanticidio (o un *paticidio*). Después de todo, patito feo queda clasificado, desde su nacimiento, como un *disgenio*, un mal nacido, un familiar muy cercano a Gregorio Samsa.

El drama de *El Patito feo* es el drama del excluido. Como dice Michel Foucault, es la historia de los “otros”. Un ser inmundo que es juzgado por los demás patos de la siguiente manera: “Sus plumas son de un color aborrecible”, “es tan feo y grande para su edad que está deshonorando a nuestra casta”¹⁰. Se trata de un enemigo biológico. Su génesis está del lado de las bacterias, de las malformaciones o de los errores de la naturaleza. Es un piojo. Un ser que estorba sobre la superficie de la tierra.

Por otra parte, al problema eugenésico se le agrega otro de carácter funcional. Cuando patito feo está en la choza de una vieja, una gallina le pregunta: “¿Sabes poner huevos?” “No”. “Entonces ni hablar, no eres nadie en este mundo”¹¹.

Se trata de la historia del fracasado por naturaleza, aunque con un final feliz, pues con el tiempo patito feo descubre que, en realidad, es un cisne, el más hermoso de todos. Una historia tipo *Topacio* o *Esmeralda* o *Betty*

⁹ Ibid.

¹⁰ Ibid. p. 42.

¹¹ Ibid. p. 46.

La Fea. Es decir, todo se resume en la trama de una mujer pobre y rechazada desde su seno familiar a pesar de ser noble e inocente de corazón. Con el tiempo conoce a un hombre rico y apuesto y se enamora de él. El tipo también queda flechado (amor a primera vista) y se mete en la mala idea de vivir un amor tormentoso. La nena pierde la vista en un accidente aéreo y la recupera el día de su matrimonio. Y ambos, chica pobre (pero ahora superada porque es rica) y chico de sangre azul, viven felices. Una trama victoriana, muy semejante al libro anecdótico e ideológico de Adolf Hitler titulado *Mi Lucha*: un hombre de un metro con sesenta que es rechazado, excluido e ignorado por la sociedad. Eso le sucede por ser portador de la verdad. Luego expone su ideología y, más adelante, en resumidas cuentas, también descubre que es un cisne, un *Führer*, el Conductor de Carlyle, el guía, el caudillo y hasta se diría que el Camino que la Historia esperaba. Se concibe a sí mismo no sólo como una cumbre positivista, sino también como figura mesiánica.

Sin embargo, todo este optimismo tiene sus confutaciones. Se trata de los sueños de la razón y sus teratologías. Hitler era un soñador. El discurso de Carlyle estaba cargado de ilusiones. El racionalismo, en su mayor pureza y máxima expresión, se encontraba en la estratosfera. Y, no obstante, en el plano de los acontecimientos, las ensoñaciones más ideales y racionalistas del hombre producían monstruos, imágenes grotescas, paisajes en ruinas, un ambiente de hastío, angustia y aburrimiento. El mundo se convirtió en un “montoncito de fango”¹² que tiende hacia la catástrofe. Así que podría decirse que de los grandes proyectos de la modernidad surge todo lo descompuesto, el lodo y las inmundicias. Cloacas que se hacen llamar metrópolis y que terminan siendo los escenarios más propicios para *La Náusea* de Jean Paul Sartre, *La Peste* de Albert Camus y *Trópico de Cáncer* de Henry Miller (sólo mencionando algunos). La literatura se concibe como una forma narrada de describir el mundo. ¿Cómo está escrito el escenario? ¿Cómo piensan, sienten y ven el mundo los personajes? En *Trópico de*

¹² VOLTAIRE, *Cándido y Otros Relatos*, RBA, Barcelona, 1999, 315 p.

Cáncer hay una forma muy particular de iniciar las primeras líneas: “Vivo en la Villa Borghese. No hay ni pizca de suciedad en ningún sitio, ni una silla fuera de su lugar. Aquí estamos todos solos y estamos muertos”¹³.

El escenario tiene la apariencia de ser un entarimado higiénico. El mundo conserva un aspecto impecable. Sigue un orden convencional, totalmente simétrico. Un principio perfecto para un mundo perfecto. Todo parece estar bien; aunque una de las grandes enseñanzas de la historia consiste en que si todo marcha a la perfección es porque algo peor está por venir. Y de por sí las líneas que siguen son una voz completamente disonante respecto al orden establecido: los personajes de este relato están bajo la categoría dostoyevskiana de los seres mal enterrados. Contrario a la visión del hombre en una permanente búsqueda del éxito, con su mirada siempre atenta al futuro que promete ser mejor, los personajes de Henry Miller expresan otro tipo de terquedad: aparecen como entidades que han superado la vida bajo un aspecto efímero. Están solos y muertos. Son seres absolutos, inmortales desde un enfoque epicureísta, pues están más allá del tiempo, carecen de porvenir, se encuentran dentro de la tensionante atmósfera de la primera posguerra, los locos años 20. La catástrofe que se avecina da una certeza: no hay futuro, el presente se pierde de vista y el pasado es confuso. El mundo ha fracasado una vez y ahora tiende a hacerlo nuevamente. Y esto implica que el hombre ha muerto previamente. Su permanencia está condicionada por la terquedad del cuerpo. Como dice X-504, el “cuerpo nos goza y lo sufrimos”¹⁴.

Boris acaba de ofrecerme un resumen de sus opiniones. Es un profeta del tiempo. Dice que continuará el mal tiempo. Habrá más calamidades, más muertes, más desesperación.

¹³ MILLAR, HENRY, *Trópico de Cáncer*, RBA, Barcelona, 1983, 288p.

¹⁴ JARAMILLO ESCOBAR, JAIME, *Los Poemas de la Ofensa*, Universidad de Antioquia, Medellín, 2000, 155 p.

Ni el menor indicio de cambio por ningún lado. El cáncer del tiempo nos está devorando. Nuestros héroes se han matado o están matándose. Así que el héroe no es el Tiempo, sino la Intemporalidad. Debemos marcar el paso, en filas cerradas, hacia la prisión de la muerte. No hay escapatoria. El tiempo no va a cambiar¹⁵.

Lo peor está por venir. El mundo es el epicentro de una tempestad que crece, que lo descompone todo. La noción del tiempo está directamente relacionada con la muerte. Se trata de una nube oscura, tóxica, que deja marcas por todas partes. Así que Henry Miller plantea una transvaloración: si los héroes producen muerte, entonces representan una negación de los valores vitales. Y desde una perspectiva vitalista, no ameritan ser llamados héroes. Más bien son bestias, enfermos que encarnan la metástasis del mundo, seres concebidos por un enorme desequilibrio... El hombre, como el Tiempo, no está llamado a ser héroe. La visión de Carlyle no es posible dentro de un contexto disonante y catastrófico. De hecho, su propuesta de Conductor es un camino hacia el desastre, es la idea figurativa y noble del matadero.

Sin embargo, Miller no se niega a esta autodestrucción. La afirma sin promesas de un mundo perfecto. Hay un instinto de muerte que él pretende llevar a la máxima potencia, sin decir que lo hace a nombre de la humanidad o la democracia u otros principios inalcanzables. Su militancia hacia la muerte es desordenada, bohemia, sucia y en un permanente desequilibrio. No justificar nada: simplemente hacerlo de un modo erótico, demencial y carnavalesco. El autoaniquilamiento propuesto por Henry Miller se concibe como una explosión de los sentidos, una forma exagerada de afirmar la vida en sus límites. Lo instintivo (y no lo racional) se lleva a su máxima potencia, hacia lo más caótico y confuso para lograr con éxito el mayor de todos los fracasos. Dicho de otro modo, el alma es entregada al diablo:

¹⁵ MILLER, Op. Cit. p. 7.

Una vez que has entregado el alma, lo demás sigue con absoluta certeza, incluso en pleno caos. Desde el principio nunca hubo otra cosa que el caos: era un fluido que me envolvía, que aspiraba por las branquias. [...] En todo veía enseguida el extremo opuesto, la contradicción, y entre lo real y lo irreal la ironía, la paradoja. Era el peor enemigo de mí mismo. [...] Incluso de niño, cuando no me faltaba nada, deseaba morir: quería rendirme porque luchar carecía de sentido para mí. [...] Todos los que me rodeaban eran unos fracasados, o, si no, ridículos. Sobre todo, los que habían tenido éxito¹⁶.

Certeza y caos. La plenitud de la catástrofe. Una época en la que se puede escuchar el “delicado sonido del trueno” (Pink Floyd). Y así Miller le da un sentido unívoco a las contradicciones. Como dice Deleuze, en la paradoja hay una afirmación de los sentidos “supuestamente” opuestos. Por eso, aquí la certeza deja de ser un asunto de convencionalismos, de leyes absolutas o regulares. Se encuentra en el lugar de lo indeterminado, de lo que no puede delimitarse, de lo que se niega a ser clasificado. Lo más certero es el caos, el sinsentido, el absurdo. El caos es un principio que nunca deja de comenzar y se centra en un cuerpo específico. Envuelve cada conciencia. Y se confirma con la atmósfera turbia de las entreguerras. Bajo este contexto, los personajes de Miller buscan vivir la vida en éxtasis y se plantean el suicidio en una relación de erotismo descarnado. Se sumergen en el hastío y lo sopesan con placer, como “si mi madre me hubiera amamantado con veneno [...] y, aunque me destetó pronto, el veneno permaneció en mi organismo”¹⁷. De esta forma, cobra cuerpo el antihéroe de Henry Miller. Quién sabe si el fracaso puede ser considerado un arte. Como contraposición al optimismo de Carlyle, ofrece la posibilidad de ser una forma de resistencia. No hacer nada, estorbar, vivir bajo el amparo de

¹⁶ MILLER, *Trópico de Capricornio*, Madrid, Millenium, 1999, 279p.

¹⁷ Ibid. p. 10.

los instintos, entregarse a la muerte, beber hasta la saciedad y fornicar con el empeño de un conejo. Los cuerpos de los personajes de Miller tienen mucha carga que soportar: una alta dosis de veneno que los consume, pulsaciones instintivas que anulan toda posibilidad de lucidez, un aburrimiento que confirma el sentido más profundo de la vida y una rutina que no los lleva a ninguna parte. Un lastre que tienen que descargar, así sea en fila cerrada, hacia la prisión de la muerte.

La pregunta sería: esta marcha persistente hacia la prisión de la muerte, ¿cómo se podría considerar como una afirmación catastrófica de la vida? En *Trópico de Capricornio* dice Miller: “Era un filósofo, siendo todavía un niño de mantillas. Estaba contra la vida, por principio. ¿Qué principio? El principio de la futilidad”¹⁸. Así, pues, no es necesario crecer, madurar mucho hasta ponerse blando y pasar por una universidad para conseguir el título de filósofo: basta con estar en contra de la vida, tener a la futilidad como principio básico. Nada vale la pena. Los grandes discursos son grandes fracasos. Los principios sublimes y la verdad absoluta son necedades, efectos de una locura que ha tratado de establecer una entidad trascendente para darle un sentido profundo a todo lo que vale la pena ser regulado. Y el hombre, en su condición más profunda, como dice Gérard Vincent, sólo puede ser considerado como una “lombriz estúpida, hinchada de vanidad, [que] se proclama juez de todas las cosas, depositario de la Verdad, cuando en realidad no es más que una cloaca de incertidumbres y un profesor de sandeces”¹⁹.

Henry Miller no habla desde lo profundo. En él no hay sujeto trascendente. De hecho, en una parte de *Trópico de Cáncer* dice: “La vida –dijo Emerson– consiste en lo que un hombre piensa todo el día’. Si es así, en ese caso mi vida no es sino un gran intestino. No sólo pienso en comida todo el día,

¹⁸ Ibid.

¹⁹ VINCENT, GÉRARD, *La Historia de la Humanidad Contada por un Gato*, Buenos Aires, Alfaguara, 1998, 273p.

sino que, además, sueño con ella por la noche”²⁰. El pensamiento, que desde el siglo XVIII se ha concebido como algo puro y antiséptico, termina ubicado bajo otras cualidades. Es la extensión del hombre mismo: simplemente una consecuencia de sus pulsaciones y deseos insatisfechos.

La trascendencia del sujeto con facultades cognitivas no llega ni un poco al Entendimiento o a la Razón Pura. Ni siquiera se aproxima al mundo de las Ideas. Todo, como dice Nietzsche, está determinado por el lenguaje que crea la ilusoria metáfora de la profundidad. O, como lo explica Jean Paul Sartre en *El Ser y la Nada*, lo que suele ser llamado como “trascendencia del sujeto” o “esencia de las cosas” es, simplemente, juegos de posibilidades a nivel lingüístico: lo que el hombre inventa bajo el pretexto de un pensamiento profundo y serio, creando un sentido que fácilmente puede ser cuestionado, derrumbado u olvidado. Un asunto que constantemente se remite a la polémica de los Nominalistas. No hay ser detrás de las apariencias. El ser es lo aparente. Y, más allá de lo manifiesto, de lo superficial, no hay nada, lo que, en definitiva, es la condición más fijada del ser.

Henry Miller no pretende desentrañar los secretos más absolutos y positivos de la condición humana. Los principios más elevados del hombre están en proceso de reciclaje como nuevos productos de metarrelatos. Mientras tanto, sus historias son contadas desde la óptica de un personaje que puede resultar muy mezquino. Habla desde la superficie, desde la piel o desde la perspectiva de un piojo. No pretende crecer, salir adelante, conquistar metas y ser cada día mejor. Según Tyler Durden, en la película *Fight Club*, “la autosuperación es la masturbación, la autodestrucción”²¹.

Anoche Boris descubrió que tenía piojos. Tuve que afeitarme los sobacos, y ni siquiera así se le pasó el picor. ¿Cómo puede

²⁰ MILLER, *Trópico de Cáncer*, op, cit, p. 69.

²¹ FINCHER, DAVID, *Club de la Pelea*, USA, Fox Pictures Enterprises Producciones, 1999. 1 video (VHS, 140 min.)

uno coger piojos en un lugar tan bello como éste? Pero no importa. Puede que no hubiéramos llegado a conocernos tan íntimamente Boris y yo, si no hubiese sido por los piojos²².

Un erotismo muy extraño. Los piojos como elemento de encuentro, de contacto íntimo y soporte de amistad. Otra imagen que remite a la terquedad: la del parásito. Se permanece en la existencia porque cada individuo ha venido a ser una entidad molesta, una enfermedad, un ser que se adhiere a otros y chupa toda su sangre. Aquí Boris y el narrador aparecen en este fragmento como monos desnudos. Sin duda podrían quedar perfectamente documentados en *Animal Planet*: un par de homínidos que se desparasitan mutuamente, tal como lo hacen los novios que pasan las horas de un atardecer romántico en un bosquecito oscuro: se besan, se acicalan, intercambian fluidos, se exprimen espinillas y se dicen “te amo” antes de hacer el amor. ¿Dónde queda aquí el héroe de Carlyle? Una cosa es la terquedad de las teorías más ideales y otra la de los instintos más arraigados y expresiones del cuerpo. La permanencia de los personajes de Miller se debe, en gran medida, a la terquedad del piojo. Seres que no pretenden establecer un modelo de dinámica. Se resuelven por la inmovilidad, vegetan en el mundo y fracasan exitosamente. No ganan nada para no perder nada: “No tengo dinero, ni recursos, ni esperanzas. Soy el hombre más feliz de mundo”²³. Esto quiere decir que la felicidad sólo se consigue si se prescinde de todo, tal como lo enseña un cínico. El dinero agobia, los recursos se adueñan de sus propietarios y la esperanza quita toda posibilidad de vivir el presente. El hombre vive en términos de proyectos, de ilusiones inalcanzables que lo envejecen y lo matan lenta y sistemáticamente.

Según Huxley, aquello que hace feliz al hombre algún día lo matará: el dinero, los recursos y la esperanza de un mundo mejor. Mientras más alto se sube, la caída puede resultar peor. Y como dice también el protagonista

²² MILLER, Op. cit, p. 7.

²³ Ibid.

de la película *Fight Club*: “Perder la esperanza es la liberación”. Vivir siempre acorde a un porvenir lejano, a algo que depende de las condiciones dinámicas e irregulares de la vida, puede ser un gesto de suicidio, sólo que bajo el aspecto de un optimismo noble e inofensivo. Por eso el hombre-piojo de Henry Miller puede presumir de su libertad y riquezas. Dice estar muerto porque se encuentra rígido en un nivel de estabilidad y certeza luego de haber hecho una afirmación despreocupada del caos. Está por encima de las promesas de éxito y autosuperación del mundo moderno. Es un vago con un objetivo totalmente claro en la vida: vagar, vagar sin límites, estorbar en cada rincón y abusar de los convencionalismos sociales. Su beneficio es el bienestar y la felicidad de los hombres más opulentos. Tener a su disposición cuerpos sanos, una despensa llena y corazones llenos de bondad. El vagabundo de Miller sólo necesita del éxito de los otros. Y así lo explica:

El caso es que estaba sentado en el banco cabizbajo, cuando de repente alguien me dio una palmada en la espalda. En pocas palabras: conseguí una comida y además unos francos. Y entonces se me ocurrió, como un relámpago, que nadie negaría una comida a un hombre, siempre que éste tuviera el valor de pedirla. Fui inmediatamente a un café y escribí una docena de cartas. “¿Me dejarías comer contigo una vez a la semana? Dime qué día te iría mejor”. Dio resultado como un hechizo. No sólo me alimentaban: me agasajaban. Todas las noches llegaba a casa borracho. Todo les parecía poco, a aquellas almas generosas de una vez a la semana. Lo que me ocurría los demás días no era asunto suyo. De vez en cuando, los más atentos me regalaban cigarrillos y algún dinero para pequeños gastos. Evidentemente, todos ellos se sentían aliviados cuando se daban cuenta de que sólo me iban a ver una vez a la semana. Y se sentían todavía más aliviados, cuando les decía: “Ya no va a ser necesario en adelante”. Nunca me preguntaban por qué. Me felicitaban, y nada más.

Muchas veces la razón era que había encontrado un huésped mejor; podía permitirme el lujo de quitarme de encima a los que eran una lata²⁴.

Los lujos del desarraigado, del hombre que no tiene nada que ofrecer y que no es ni un poquito funcional. El inútil, el puerco que se regodea en su crapulencia. No obstante, un cínico tan poderoso como el narrador de *Trópico de Cáncer*, a veces se ve confrontado por otro todavía peor:

La comida es una de las cosas que disfruto tremendamente. Y en esta hermosa Villa Borghese apenas hay nunca rastros de ella. A veces es verdaderamente asombroso. He pedido una y otra vez a Boris que encargue pan para el desayuno, pero siempre se le olvida. Al parecer, sale a desayunar fuera. Y cuando vuelve viene limpiándose los dientes con un palillo y le cuelga un poco de huevo de la perilla. Come en el restaurante por consideración hacia mí. Dice que le duele darse una comilona mientras le miro²⁵.

El vagabundeo militante de Henry Miller tan sólo puede ocupar el espacio que otros respiran. Su terquedad es un ejemplo de resistencia: va en contra de lo moderno, es decir, de lo funcional, lo productivo, lo exitoso y lo que determina parámetros de consumo. Es un hombre posmoderno que asume el papel del hipócrita sin engañarse a sí mismo. Despliega un poder de fastidio que apenas podría compararse con una piedrita en el zapato. Así, bajo la óptica de un personaje que camina sobre arenas movedizas y que asume una afirmación del lado caótico de la vida, Miller se da el lujo de concebir una escritura intempestiva. Primero ataca a la Literatura y luego vierte su veneno al resto del mundo:

²⁴ Ibid. p. 56.

²⁵ Ibid, p. 10.

Éste no es un libro. Es un libelo, una calumnia, una difamación. No es un libro en el sentido ordinario de la palabra. No, es un insulto prolongado, un escupitajo a la cara del Arte, una patada en el culo a Dios, al Hombre, al Destino, al Tiempo, al Amor, a la Belleza... a lo que os parezca. Cantaré para vosotros, desentonando un poco tal vez, pero cantaré. Cantaré mientras la palmáis, bailaré sobre vuestro inmundo cadáver²⁶.

Henry Miller ataca primero su obra literaria. Luego lo hace consigo mismo, pues él es su peor enemigo. Después de todo, se trata de la imagen del hombre que no soporta su propio reflejo, que ve el infierno en los otros, que concibe una abominación de sí mismo cuando se cruza con sus congéneres. Ciorán lo explica de la siguiente manera: “No hay obra que no se vuelva contra su autor: el poema aplastará al poeta, el sistema al filósofo, el acontecimiento al hombre de acción”, pues, como asegura al principio de *La Tentación de Existir*, debemos “la casi totalidad de nuestros conocimientos a nuestras violencias, a la exacerbación de nuestro desequilibrio”²⁷. Dicho en términos foucaultianos, el conocimiento también es el efecto de una ruptura; a veces es la consecuencia de una catástrofe. Lo que ha sido pensado, escrito o creado no obedece a un sistema previo, sino que es producto de una molestia, de un malestar que indica las claves de una ruptura. Y eso explica, en el caso de *Trópico de Cáncer*, la aparición de una escritura intempestiva. La trasgresión, la violencia, la sangre como espíritu (Nietzsche), son elementos básicos de una catástrofe cuyos efectos suelen ser llamados poesía, música, pintura o cine. Lo que para unos es producción de trabajo artístico, otros dicen autodestrucción: escribir, componer o pensar son pequeñas dosis de golpes bajos que se propinan hasta reventar. Una condición omnipresente en Henry Miller. Y Ciorán la ubica en el ámbito de la filosofía primera, la metafísica. Para Descartes, Dios es conocimiento y el conocimiento es perfección. Por eso al hombre, cuya condición es

²⁶ Ibid, p. 8.

²⁷ CIORÁN, EMIL, *La Tentación de Existir*, Madrid, Taurus, 2000, 203 p.

totalmente imperfecta, sólo le queda el camino de la incertidumbre, de la duda. El conocimiento, en cuanto teología y metafísica cartesiana, es vida contemplativa, plenitud epistémica, deleite filosófico. Para Ciorán es malestar, dolor, un encuentro malhumorado con Dios. Así que Henry Miller dice: “Tenía tan poca necesidad de Dios como Él de mí, y con frecuencia me decía que, si Dios existiera, iría a su encuentro tranquilamente y le escupiría en la cara”²⁸. Ni modo. No hay armonía. Hay trasgresión, un tono de desafío, un deseo de derrumbarlo todo de un solo parrafazo. Por eso Henry Miller emprende un contraataque a su propia obra literaria.

En la escritura intempestiva se hace mayor énfasis en el fracaso. Se establece una correspondencia con los acontecimientos latentes del mundo: “El mundo que me rodea está desintegrándose, y deja aquí y allá lunares de tiempo. El mundo es un cáncer que se devora a sí mismo...”²⁹. La catástrofe mundial apenas es evidente. Dos guerras mundiales, una depresión completa, el hastío por todo. Apenas es para que se produzca una escritura caótica, tal como lo demostró en su momento el dadaísmo y el surrealismo. Y en Henry Miller, incluso, el amor es llevado al extremo de la violencia, es decir, se ama catastróficamente:

¡Oh, Tania! ¿Dónde estará ahora aquel cálido coño tuyo, aquellas gruesas y pesadas ligas, aquellos muslos suaves y turgentes? Tengo un hueso en la picha de quince centímetros. Voy a alisarte todas las arrugas del coño, Tania, hinchado de semen. [...] Disparo dardos ardientes a tus entrañas [...], te pongo los ovarios incandescentes. [...] Después de mí, puedes embutirte el recto con sapos, murciélagos, lagartos. Puedes cagar arpegios, si te apetece, o templar una cítara a través de tu ombligo. Te estoy jodiendo, Tania, para que permanezcas jodida. Y si tienes miedo a que te joda en público, te joderé en

²⁸ MILLER, *Trópico de Capricornio*, Op. cit, p. 11.


²⁹ MILLER, *Trópico de Cáncer*, op cit, p. 8.

privado. Te arrancaré algunos pelos del coño y los pegaré a la barbilla de Boris. Te morderé el clítoris y escupiré dos monedas de un franco...³⁰

Por lo tanto, se puede decir que en Henry Miller hay un notable cortejo entre Eros y Thánatos. Aquí se ama con odio. Los cuerpos tienden a desgarrarse. Buscan la inmundicia, lo grotesco y lo inmoral. Nada grave, sin embargo, si se compara con los cuerpos incinerados, mutilados o pulverizados durante la Segunda Guerra Mundial. O los que eran introducidos en cámaras de gases y, luego de descuartizados, se reciclaban para producir botones y barras de jabón a nombre de una solución final de los problemas del mundo. Actos nobles y positivos ejecutados por los grandes héroes o Conductores que contaban con los discursos más puros e ideales para respaldar sus obscenidades. Por eso no es extraño que la atmósfera de *Trópico de Cáncer* esté plagada de perversiones. Es perverso, por ejemplo, el orador que promueve el espíritu de liderazgo porque tiende a ser excluyente. Se convierte en un productor de engranajes, en un ser tan elitista y peligroso como Adolf Hitler. Al menos se puede decir que un vago sólo se dedica a estorbar. No dirige las riendas de la humanidad, no encamina nada hacia el camino seguro de la perdición. No promete nada. No establece un sistema de producción, eficacia, tiempo y trabajo que lleva a cada individuo a un estado crítico de psicosis. El éxito es la doctrina de lo peor. Y por eso se pensará que una salida convincente sería echarse a perder, producir escozor y llevar todo al fracaso porque el mundo no tiene porvenir. Que se avecinen todos los desastres para evitar la monotonía de la llama que lo consume todo paulatinamente:

Bien, cogeré estas páginas y me largaré. Siempre pasan cosas. Parece que dondequiera que voy hay un drama. Las personas son como los piojos: se te meten bajo la piel y se entierran en

³⁰ Ibid. p. 11.

ella. Te rascas y te rascas hasta hacerte sangre, pero no puedes despiojarte permanentemente. Dondequiera que voy las personas están echando a perder sus vidas. Cada cual tiene su tragedia privada. La lleva ya en la sangre: infortunio, hastío, aflicción, suicidio. La atmósfera está saturada de desastre, frustración, futilidad. Rascarse y rascarse... hasta que no quede piel. No obstante, el efecto que me produce es estimulante. En lugar de desanimarme, o deprimirme, disfruto. Pido a gritos cada vez más desastres, calamidades mayores, fracasos más rotundos. Quiero que el mundo entero se derrumbe, que todo el mundo se rasque hasta morir³¹. 

³¹ Ibid. 17.